

843

Q

PQ 2378

.03

▷ 38

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

82428

LA

DAMA VESTIDA DE GRIS

I

El sábado 17 de Marzo, á las siete de la noche, al regresar del Círculo Santiago Prévinières, y á la vez que entregaba al criado el sombrero y el bastón, le interrogaba de esta manera :

— ¿Está la señora?

Á esta pregunta, que diariamente hacía, estaba acostumbrado á recibir por respuesta la siguiente:

— Sí, señor, la señora está en casa.

Pero al escuchar que en aquella ocasión se le respondió : — « No, señor, la señora no ha regresado todavía », hizo un gesto de extrañeza, dió algunos pasos por el vestíbulo, silencioso, meditando, y después murmuró :

— ¡Cómo! ¿No ha entrado todavía? ¿Qué quiere decir esto?

Para el que conocía la regularidad de costumbres de la señora de Prévinquières, este retardo podía parecer extraordinario. Casada desde hacía un año, con un hombre á quien adoraba, Elena no tenía ninguna ocupación, ningún pensamiento, ningún deseo ajeno á su vida íntima. Gustarle á su marido y atender su casa eran su sola ambición y su único placer. Salía á la calle siempre á las dos de la tarde, y á las cinco, á más tardar, regresaba.

Tenía pocos parientes. Huérfana de padre y madre, la había educado una tía; y una vez casada, ésta hubo de retirarse al campo, lugar distante unas veinte leguas de París, cerca de Montereau, en una bonita propiedad donde los esposos Prévinquières debían pasar un mes todos los años en la época de la caza. Por otra parte, las amistades de la esposa, las componían relaciones de su marido.

Vivía el uno para el otro, y no recibían más que á los amigos íntimos, pues á la generalidad la encontraban insoportable, y Santiago decía riéndose, que ya tendrían tiempo sobrado para

irse á fastidiar en el mundo. Sin embargo, impulsado por Elena, volvió al Círculo, donde fué recibido por sus camaradas con demostraciones afectuosas. Abogado del Consejo de Estado, provisto de un título que le rendía cada año el interés de su dinero, no era por cierto un hombre muy ocupado, ni tampoco hacía por estarlo más. En estrados, donde iba raramente, se señalaba por su talento, y hubiera llegado á formarse una buena clientela con sólo haber manifestado el menor deseo; pero siempre se había considerado bastante rico para juzgar necesaria la lucha contra las dificultades de una carrera.

Venido al mundo con cien mil francos de renta, juzgaba cuestión de pudor hacer la competencia á los que tienen necesidad de ganarse la vida. Así es que no estaba al corriente de los negocios, no por incapacidad, sino por falta de ambición. No conocía el gusto ó placer que proporcionan los honores, ni conocía tampoco la falta de dinero. Había vivido, pues, por sí mismo, con comodidad y refinamiento, buscando las sensaciones agradables y las mejores diversiones. Siendo soltero llevó la vida propia de los jóvenes de su clase, compartiendo con ellos, pero sin rebajarlos,

aquellos placeres que le son comunes. Amó algunas mujeres muy agradables y que le costaron bastante caro. No se le conoció más que un compromiso serio de este género, y justamente por romperlo fué por lo que determinó casarse. Cambió de vida con una facilidad que no dejó de sorprenderle, habituándose á todas las regularidades del matrimonio con satisfacción legítima. Amaba tiernamente á su esposa, pero quizás con más tranquilidad que la debida. Su amigo de la infancia, el poeta Mauricio Dauziat, con la misma intimidad fraternal en que habían vivido hasta entonces, le reprochaba en tono jovial este defecto:

— Eres muy frío, Santiago, le decía; aceptas con indiferencia los goces que te ofrece el presente. Parece que crees que todo se te debe y que la dicha es una cosa natural y corriente. Estás en un error. Es necesario apreciar debidamente las dulzuras de nuestro destino, porque si no, el día menos pensado, cuando las inquietudes, las decepciones y los disgustos vienen, nos sorprenden desprevenidos, y es entonces cuando nos lamentamos del valor de todo el bien que hemos perdido.

— Es verdad, respondía Santiago; sé bien que

debía sentirme más contento de mi ventura, pero siento no poseer el don del entusiasmo. Tengo la satisfacción tranquila, y ciertamente que hay en mí una insuficiencia de naturaleza; pero ¿qué hacer? Cuando me fatigo buscando una impresión desconocida, ¿seré más feliz y tú estarás más contento? Nuestra generación es por lo común lánguida y fría. No se divierte con ardor ni se fatiga con violencia; es un poco débil y cansada.

— ¡De no haber hecho nada! gritaba Dauziat. Creo que solamente en las letras se encuentra todavía gente de pasión, que detesta ó que adora...

— ¡Espíritu de corrillo! ¡Rencor de clase! ¡Interés del oficio!

— Si así lo quieres; pero en todo caso, facultad de sentir sin moderación y de expresar sin reserva...

— Que os permite desgarraros, anotar los unos sobre la cuenta de los otros, las más atroces calumnias bajo el color de amor al arte y so pretexto de independencia de ideas... Quiero mejor mi indolencia y mi indiferencia, que vuestra rabia y vuestra aspereza.

Esta discusión era frecuente entre los dos amigos, Dauziat deseando siempre que Santiago

se dejara llevar por el camino de la vida, como una barca que desciende sobre la tranquila corriente por entre orillas pintorescas y alegres y adormecidos los remeros bajo un ardiente sol de estío. Pero ella no producía cambio ninguno en los hábitos del joven marido, que se sentía dichoso con las grandes comodidades de su vida de rico y con su amante esposa á su lado.

Elena se había casado al salir del convento, donde había vivido hasta los diez y ocho años sin conocer nada de la existencia, ignorante de las impresiones de todas las cosas, pero de vivo espíritu, risueña y dispuesta á disfrutar de todo lo que el mundo ofrece de novedad y de atractivo. Al contrario de su marido, que tomaba el placer con negligencia y molicie, lo sentía con alborozo y arrobamiento. Prontamente hubo de ganarse el corazón de su suegra y el del tío de Santiago. La señora de Prévinquières, siempre enferma y siempre quejándose, encontraba un consuelo en la presencia de la joven esposa, tan viva, tan alegre, verdadero pájaro cantor en su jaula dorada modulando sonidos dulces por el placer de hacer escuchar sus gorjeos. La vieja señora la veía llegar con alegría y la veía partir con tristeza.

En cuanto al Comandante Prévinquières, trataba á su sobrina con coqueterías, haciéndole la corte con gracias de su época, pero siempre galante y obedeciendo militarmente á su pequeño coronel de faldas.

Santiago tenía un placer particular en adornar á su mujer. La quería elegante, y después de algunos meses de matrimonio, la presentó en el mundo con una satisfacción que tocaba en orgullo, abandonando un tanto su calma habitual por participar de los triunfos de aquélla. Se le encontraba hermosa, inteligente y amable y se le trataba con respeto : por su mirada y por sus maneras no poseía ese *no sé qué* que indica á los galanteadores afortunados que pueden esperar alguna cosa de una mujer. No se le envidiaba con violencia ni se le denigraba con pasión. Tenía la rara dicha de gustarle á todo el mundo y de no excitar la enemistad de nadie. Tal vez se piense que esta es una señal de inferioridad. Podrá ser posible; pero ella encontraba en este buen recibimiento unánime una satisfacción diaria, puesto que la dicha no está hecha de raras y violentas alegrías, sino de sensaciones dulces y perpetuas.

Siguiendo esta fórmula, Elena debía sentirse

completamente dichosa, y á pesar de eso, no lo era. Estaba atormentada por un secreto sentimiento de celos que sagazmente disimulaba delante de su marido, pero que no podía ocultar al Comandante y á Dauziat. La preocupaba el deseo de saber lo que Santiago hacía, adonde iba, sus hábitos pasados y cuáles habían sido sus amoríos. El Comandante la instaba paternalmente á no dejarse arrastrar por tales pequeñeces, pero no conseguía otra cosa que movimientos desdeñosos de cabeza y sonrisas forzadas. Relativo á la fidelidad de su marido, la joven no gastaba bromas: el pajarito cantor se entristecía y ya no gorjeaba.

— Pero ¿qué os preocupa y os inquieta, le preguntaba el Comandante, la buena fortuna que le haya tocado á Santiago antes de su matrimonio? ¿Cree usted que él recuerda eso? Os ama; no ama á nadie más que á usted, y será muy necio si piensa en las otras.

— En las otras, eso me sería aún indiferente, dijo la joven; pero en una otra, he ahí lo que yo no querré.

— ¡Eh! ¡él no es loco! Se ha casado para ser dichoso, sensato y arreglado.

— ¡Es muy buen mozo, y luego, hay tantas perdidas!...

— ¡Vea usted eso! ¿Usted le hace el honor de temer que alguna lo pueda conquistar?

— Ciertamente. No está bastante ocupado, tío, y un hombre que tiene mucho tiempo libre, es muy peligroso. ¿Cómo emplea su tiempo? Cuando ha ido á estrados, una vez por casualidad á un asunto del Consejo de Estado; luego ha tenido semanas para descansar, y yo no confío en el descanso de un hombre de veintiocho años que es buen mozo y que tiene hermosa presencia.

— Mas, escuche, mi querida. Usted se halla todavía en la luna de miel, y por largo tiempo... Ya tendrá bastante para atormentarse más tarde cuando crea que Santiago se desprende un poco. Por el momento, os ama más de lo que usted le ama...

— ¿Verdaderamente?

— Sí, mi palabra de honor.

— ¡Ah! Comandante, dijo la joven riéndose, Santiago es un joven que tiene de Vd., sobre todo, se parece á usted... Se dice que usted fué un terrible sujeto... Y se agrega que no ha dicho todavía su última palabra...

— ¡Elena, usted me falta al respeto! dijo el Comandante lleno de placer, los ojos brillantes, y pellizcando dulcemente el carrillo de su sobrina. Luego el veterano y la joven se separaron en completa armonía.

Con Dauziat las cosas no iban tan derechas. Elena, desde el primer día había tenido confianza en el amigo de su marido, lo trataba con familiaridad y se esforzaba en hacerle hablar lo que á ella no se le ocurría fácilmente.

— Dauziat, usted es una detestable amistad para mi marido... Antes, lo llevaba entre bastidores de los teatros donde usted hacía representar sus obras, y todos sabemos que la actriz no le niega nada al autor que le da papel en su obra... Santiago se ha debido aprovechar de tan buena fortuna, y yo estoy segura que si ustedes salieran juntos todavía...

— Por lo pronto, nosotros no salimos juntos, puesto que él no os deja sola; y después, ¿dónde ha tomado usted, querida señora, esos buenos informes relativos á mi complacencia? ¡Qué! ¿que yo me he ocupado de buscar buenas amigas para mi amigo Santiago? ¡Vaya un buen papel que hubiera desempeñado, y sobre todo, á mi gusto!

No voy entre bastidores por mi interés, ¿y voy á ir por el de mi amigo? Usted no lo cree. No. Yo no he tenido nunca gran placer en ver las decoraciones por su lado sucio y feo, y cuando he pasado cuarenta días sobre la escena, respirando el polvo y los malos olores por hacer ensayar una obra, no he tenido más que una idea: la de no volver. Si su esposo hubiera tenido el deseo de que lo pasara por el teatro, ya se hubiese visto muy burlado, pues sin duda que me hubiera encontrado rebelde á complacerle en su capricho.

Elena tomaba un aire triste y después de haber reflexionado:

— En fin, ¿usted le ha conocido amoríos?

— ¡Muchos!

— ¡Qué malo es usted; exagera para contrariarme!

— ¿Prefiere usted que yo le responda:— Ninguno?

— Yo le pregunto la verdad.

— ¿De qué le había de servir?

— Para tranquilizarme.

— ¡Como si eso fuera posible!

— ¿Usted no quiere decirme nada?

— ¡Secreto profesional!

— ¡ Vaya, le detesto á usted !

— Tiene usted mucha razón.

— ¡ Ustedes están de acuerdo para engañarme : el Comandante, usted y hasta mi suegra !...

— ¡ Todo el mundo, en fin, menos su marido ! Y bien ! eso debe ser suficiente para su tranquilidad.

Generalmente, Santiago llegaba en medio de esas discusiones, y las terminaba por seguridades tan tiernas, que la joven esposa no sabía resistir. El literato se quedaba á comer con ellos, y todos tres iban luego á ver la obra de estreno en cualquier teatro.

Á pesar de este estado de agitación de su alma, Elena era dichosa y tomaba la vida, que se le ofrecía bella con una exuberancia triunfante y un tanto tumultuosa. Era justamente este movimiento y esta animación lo que le gustaba al pacífico Santiago y lo que le retenía junto á su esposa. Como un príncipe de Oriente que, extendido sobre mullidos cojines, mira en lánguida molicie dar vueltas á su alrededor, las agitadas y bulliciosas balladeras, su indolencia se veía entretenida por la turbulencia de Elena, quien por sí misma contribuía á agitarlo y arrastrarlo en su carrera á paso más rápido que el que tenía por costumbre.

Viajaron y visitaron la Italia, no como un joven matrimonio que hace el clásico viaje de boda, sino como dos amantes aficionados á las cosas bellas que se encuentran en las pequeñas ciudades ricas : obras de arte casi ignoradas, para todos los gustos y caprichos, y merecedoras de admiración. Recorrieron toda la costa del Adriático á bordo de un pequeño vapor que hacía escala cada día. Durmieron en detestables y pintorescas tabernas, se nutrieron de alimentos aborígenes y dañinos, pasaron horas delante de cuadros maravillosos, y de adornos de antiguas capillas de conventos destruidos; pasearon por celdas de pilares bordados de esculturas como finos encajes, y se saturaron de aire puro y se embriagaron de luz.

Allá Elena fué completamente dichosa sin restricción y sin temor de ningún género. Poseía verdaderamente á Santiago y estaba segura que ninguna mujer podía arrebatárselo. Llegados á Nápoles, decidieron quedarse algunos días en éxtasis delante de su golfo azul; después, por Florencia llegaron á Corniche, y en una bella noche de invierno, con un tiempo de una dulzura exquisita, desembarcaron en Monte-Carlo.

Elena hubiera querido pasar algunos días en Niza, pero Santiago, con una obstinación que no le era habitual, se negó enérgicamente. Niza, decía, no es más que una pobre repetición de bellezas que venían de admirar. Valía más al salir de Monaco pasar de largo y regresar á París. Sin embargo, no se negaba á quedarse dos días en Monte-Carlo. Elena, que lo quería ver y conocer todo, estuvo en el Casino, jugó á la ruleta, perdió algunos luses y Santiago se burló de ella. Afligida abandonó el salón de juego y salió á la plaza, y una vez allí, como su marido la dejase un momento sola mientras encendía un tabaco á la entrada de un café, se paseó escuchando la seca detonación del tiro de pichón. Distraidamente sacudía los granos de arena adaptados al regatón de su sombrilla, cuando una sensación extraña, una pesadez mortificante la detuvo en su marcha. Elevó los ojos y delante de sí, vió una mujer que la observaba. Vestida con un traje gris, rubia, alta y hermosa, examinaba á Elena con una ardiente curiosidad. Un instante estuvieron así; después la dama bajó la frente y se alejó con paso tranquilo. La señora de Prévinquières, con la garganta oprimida, las sienes palpitantes y el

corazón violentamente sacudido por la súbita intuición que le hacía conocer, aunque oscuramente, que su persona se encontraba mezclada en aquel incidente, quiso correr, alcanzarla, interpelarla, interrogarla, en fin; pero la contuvo la vuelta de Santiago, y disimulando la agitación que la dominaba, se prometió poner en claro todo aquel misterio, contentándose por entonces con decirle :

— ¡ Cosa original ! Me acabo de encontrar frente á frente con una dama que no conozco y que debe saber quién soy, porque me ha mirado con una insistencia tan marcada, que estuve tentada de preguntarle qué se le ofrecía.

Santiago, sonriendo con un aire forzado, le dijo :

— ¡ Tienes ideas de loca ! Esa dama te ha mirado, porque te ha encontrado linda y bien vestida, y su insistencia ha obedecido á la atención que ha puesto para retener en su memoria el corte y los adornos de tu vestido de viaje.

— ¡ No ! ¡ no ! ella no tenía nada que enviarme respecto á elegancia, pues estaba muy bien puesta... Es una mujer que me conoce ó que me ha visto contigo, y ahora...

Santiago le preguntó lanzando nerviosamente una bocanada de humo :

— ¿Cómo es esa mujer?

— Muy hermosa, rubia, con buenos ojos, muy distinguida y el aire un poco triste... Está vestida con un encantador traje gris.

El marido se puso á reír :

— ¡Vaya unas señas! Encamínese uno á reconocer á cualquiera con tales indicaciones... Rubia, hermosa, distinguida, el aire triste y vestida de gris... como Carrabí!

— ¡Pues bien! se ha dirigido á la terraza : sigámosla y veremos si la conoces... ¡Oh! quiero convencerme bien con tu actitud... Ven...

— No, dijo Santiago, sería muy poco discreto eso de ir corriendo detrás de esa dama. Vamos, al contrario, al otro lado.

— ¡Ah, tú ves? no estás seguro de ti... temes un encuentro.

— ¡Seguramente! gritó Santiago con una alegría que estaba muy lejos de ser franca. Admitamos que en efecto, conozco esa dama : la conveniencia más elemental exige que no te ponga en su presencia... Y si no la conozco, tendrás que confesarme que es bien inútil que perdamos nuestro tiempo en perseguirla... ¿Esto es lógico?

— Sí; pero no está claro...

— Es una gran debilidad de espíritu, dijo Santiago con seriedad, eso de atormentarse y atormentar á los otros, como tú lo haces. Si ahora eres así, ¿cómo serás más tarde?

— ¿Es que ya me encuentras insoportable?

— Yo no; sin embargo, te quisiera más juiciosa.

Elena, temiendo haber contrariado á su marido, cambió de conversación y se mostró alegre y encantadora. Pero lo hacía forzada. Una inquietud persistía en el fondo de su alma. Nunca sus temores se habían evidenciado de esa manera. No era por cierto una quimera inventada por su imaginación. La mujer acababa de aparecérselle palpitante y peligrosa. Por lo tanto, no podía dudar : no era desconocida para la que al pasar se detuvo y la examinó con mirada curiosa y amenazadora. Cuanto más pensaba, más se afirmaba en su creencia : había un lazo secreto entre ella y esa joven, y ese lazo era Santiago.

El resto del día pasó tristemente para Elena. Absorbida por su preocupación, se mostró distraída y como ensimismada durante la comida en el gran comedor del Hotel de París.

La comida había reunido una sociedad alegre y bulliciosa alrededor de las mesas. Mujeres ves-

tidas de trajes claros, muy hermosas, muy adornadas, reían alto y explicaban las diversas suertes y peripecias que habían sufrido en el juego. Á su lado hallábanse jóvenes de distinción, quienes por lo silenciosos revelaban estar muy fastidiados. Elena no escuchaba estas conversaciones; sólo buscaba si componía parte de aquel grupo femenino la dama vestida de gris. Mas como no la viera, hubo de serenarse y prestar oídos más atentos á lo que le contaba su marido sobre los hombres y las mujeres que los rodeaban.

— ¿Ves esta trigueña alta vestida de blanco que bebe Champagne? Es Andrea de Taillebourg, y el buen mozo de aire dulce y triste que está sentado junto á ella es Latoris el joven, que derrocha locamente desde hace dos años y á despecho de su consejo judicial. En la otra mesa, ese gordo que tiene los codos sobre la mesa, es Selim Nuño, el riquísimo banquero, con tesorero, y agente de cambio, y Clemencia Villá, la actriz del *Gymnase*. Se dice que la bella es bastante para la dicha de dos amigos, quienes respectivamente sospechan el uno del otro, sin contar á aquellos de los que no tienen duda ninguna. Un poco más lejos se halla Dislett, el propietario del *New World* (el

gran diario americano) y del hermoso vapor pintado de negro y filetes dorados, cuya forma lanceada y coqueta observaste esta mañana desde lo alto de la terraza. Á su lado tiene al Doctor Marin, buen hombre, trigueño, de fisonomía árabe, una de las lumbreras de la ciencia médica francesa, y Andrés Marteroy, el novelista sutil de los *Estudios sobre el amor*. Las dos mujeres que comen solas en esa pequeña mesa, son Teresa Duvivier, la literata, célebre por sus altercados literarios y galantes con uno de nuestros más grandes poetas, y la hermosa Albertina de Mora, cuyas relaciones con un archiduque hicieron tanto ruido en Viena el año pasado. Todo este mundo, como ves, viene aquí para divertirse, para olvidar á París, sus trabajos devorantes y sus placeres excesivos, y para bañarse en la luz brillante, en el aire puro y en el sano olor de las plantas...

Pero deteniéndose bruscamente y mirando á su mujer, que no parecía escucharle, distraída y con los ojos vagos, le dijo en tono de reconvencción:

— ¡No merece la pena que yo me tome el trabajo de hacerte descripciones, si no las escuchas!...

Elena echó una mirada sobre Santiago y le respondió con una sonrisa :

— ¡Pero si no he perdido una palabra de todo lo que me has contado!...

— Lo que no te impide pensar en otra cosa...
¿ En qué pensabas ?

— En nada.

Y como la viera muy tranquila, no se preocupó más. Después de la comida fueron al teatro del Casino, donde se cantaba *la Damnation de Faust* arreglada á la escena. Elena, excelente aficionada, se había interesado por la novedad de esta audición, y Santiago se apresuró á tomar un palco. La primera parte pasó tranquilamente. La interpretación estuvo buena : Santiago, que no era nada fanático del divino arte, ahogaba discretamente sus bostezos, y Elena sentía un verdadero placer en seguir cuidadosamente el canto de los artistas y su inquietud parecía disipada por completo.

Después del primer acto, cuando el telón cayó, el joven marido salió para respirar un poco. La sala quedó medio vacía, y sobre la terraza, al aire suave de la noche, buen número de espectadores fumaban y paseaban, mientras Elena, en su palco, se divertía mirando si descubría algún co-

nocido. Su exploración fué vana y ya se disponía á abandonar los gemelos, cuando desde la primera fila, mirándola con una atención extrema, descubrió la dama vestida de gris.

Las miradas se cruzaron ; una ligera palidez cubrió el semblante de la mujer rubia, sus pupilas se agitaron y una sonrisa amarga crispó sus labios. Elena, temblando, no podía separar sus ojos de esta aparición esperada y temible. No encontró ni por un momento extraordinario que la desconocida estuviera allí. Lo contrario es lo que le hubiera sorprendido. Para ella esa presencia era de una fatalidad inevitable, y en frente de esa misteriosa criatura, temblaba de dolor, de angustia y de cólera. Buscó á Santiago á su lado, pero fué inútil. ¿ Estaría con ella, puesto que la dama vestida de gris no se presentaba sino en las ausencias de aquél ? Presa de una excitación indescriptible é impulsada por un deseo poderoso, se levantó é hizo con la mano señal á la desconocida para que la esperara. Pero como si ese movimiento hubiera roto el atractivo, la dama rubia desapareció como por encanto, y la señora de Prévinières no vió delante de sí otra cosa que el asiento negro y vacío.

Quedó confundida, preguntándose si no había sido el juguete de una ilusión y si sólo su imaginación había creído en esta visión desconcertante.

No le habló á su marido de esta segunda manifestación real ó ilusoria, temiendo atormentarle ó hacerse reconvenir; pero de este choque moral guardó una impresión de tristeza. Á la mañana siguiente partieron para París, y sólo cuando se vió en su casa, á doscientas leguas de la dama vestida de gris, fué cuando entró en posesión de su tranquilidad de espíritu.

El cambio de vida, por otra parte, modificó felizmente la disposición de la joven esposa. Comenzó á razonar y llegó á convencerse de que se había precipitado mucho en sus alarmas y temores. ¡Qué! Una que pasa por la calle, nos encuentra, se detiene y nos mira; lo de la noche fué una casualidad que nos puso todavía una vez más frente á frente en un lugar público: ¿por qué suponer razones secretas en esa mujer para seguirla y examinarla? ¿Qué persona sensata admitiría la posibilidad de un encuentro parecido? ¿Y por qué figurarse que esta desconocida se encuentra animada de intenciones hostiles, y que las miradas que lanza son de rencor, cuando tal vez ellas no

han sido dirigidas más que por la curiosidad? Y sin embargo...

¡Pero no! No quería apoyarse más sobre las pruebas morales que daban á este encuentro una significación grave. La confusión de Santiago, su deseo de no permanecer en el país, la partida precipitada, y sobre todo, la amarga sonrisa de la mujer rubia mientras ella la miraba con los gemelos con ansiosa persistencia. ¡Una rival! ¡Sí! una querida, que estudia en detalles á la esposa y se pregunta luego qué atractivos le habían valido para haber triunfado.

Volvió sobre todas estas cosas, á pesar de su voluntad de no pensar más en ellas. Era como una locura que la atormentaba, y se decía: ¡Esto es absurdo! me torturo inútilmente é inquieto á mi marido y mi familia sin la menor sombra de pretexto, porque Santiago es el mejor de los hombres. ¡Vamos! esto ha concluído; arrojaré de mi pensamiento esos recuerdos; soy una visionaria, y la dama vestida de gris es alguna entretenida á quien su mala suerte le ha hecho perder antes de la comida una fuerte suma á la treinta y cuarenta, y ahora aspira á desquitarse lanzando á todos lados miradas mortíferas.

Durante dos días no habló nada, creyendo sinceramente que el encuentro de Monte-Carlo no era otra cosa que un episodio novelesco arreglado por ella; mas al tercer día sus inquietudes renacieron, la duda volvió á posesionarse de su espíritu y se martirizó de nuevo pensando en lo que podía ser aquella mujer, y sobre todo, en cuanto habría pasado entre ella y Santiago.

Lo peor fué que no tuvo bastante confianza en Dauziat para relatarle la aventura y pedirle explicaciones. El literato hubiera encontrado modo de tranquilizarla, y en último caso, de prevenirla contra sus mismas conjeturas é impaciencias; pues informado de los temores de Elena, sin duda que se hubiera puesto al corriente de las extraordinarias tentativas que se hacían junto á ella.

Mes y medio haría que los esposos se hallaban instalados en París, y el invierno tocaba á su término. Impulsados por el movimiento de las comidas y de las recepciones y olvidados de su habitual retraimiento, entraron en un género de vida activa y agitada. No se quejaban de la fatiga violenta que debían experimentar, sino al contrario, bien dispuestos y contentos, seguían por el

camino florido sin detener el paso. Ella, brillando hermosa y animada por la fiebre del placer, y él, sonriente y satisfecho de ocupar todo su tiempo sin fastidio: he aquí el fin de toda su ambición.

Una tarde al regresar á las cinco, como tenía por costumbre, Elena halló sobre la mesa del vestíbulo una carta cuyo sobre, de clase común, ostentaba esta dirección escrita con gruesos caracteres:

« Señora de Prévinières,
» Boulevard de Malesherbes, n° 51.

» Paris. »

Tomó la carta, y sin dejar su abrigo y su sombrero, entró en el tocador y ante la ventana, con una extraña precipitación, la leyó. Sus ojos se turbaron desde la primera palabra, sus labios se movieron convulsivamente, y entre sus dedos temblorosos el papel se arrugó, crujió y rompióse.

Entonces se sentó junto á una mesa, dejó á un lado la sombrilla que maquinalmente había mantenido entre su brazo y su pecho, y se puso á leer con más calma.

He aquí el contenido de la carta:

« Señora :

» Si usted desea saber noticias interesantes de su marido y de una mujer rubia que Vd. encontró hace poco, vaya mañana á las cuatro á la esquina de las calles Linois y de Entrepreneurs, en Grenelle. Detenga el carruaje en el muelle, marche algunos pasos á pie, y una mujer se adelantará á encontrarla. Lleve esta carta en la mano cómo señal para reconocerla, y no tenga temor de que se le haga daño alguno, sino todo lo contrario.

» *Una Amiga.* »

Elena repitió la lectura del miserable escrito, entre manifestaciones de cólera y de asco, pero sin temor ninguno. Estaba dominada por una invencible curiosidad. Esa mujer rubia era la dama vestida de gris, que reaparecía en su camino, saliendo de la sombra violentamente hostil y engañadora.

¿ La carta habría sido escrita para ella, y la entrevista que se le proponía llevaba por objeto ponerla en presencia de una querida de su marido? ¿ Qué es lo que se le diría en este caso, serían recriminaciones ó amenazas contra un in-

fiel, ó querrían dinero? La única hipótesis que no se le ocurría, era la de que se le llamara con el propósito de causarle daño; y sobre todo, ¿ qué mayor mal podía haber para ella, que la angustia indescriptible en que estaba sumida?

Esa hora tan temible, hora que había considerado siempre inevitable, se aproximaba con su acompañamiento de tristezas y desagradados. No podía suprimirla en la historia de su vida, y bien conocía toda la importancia terrible que ejercía sobre su alma. Vanamente le decía su razón : « ¿ Tienes necesidad de emocionarte? ¿ No estás segura del presente? ¿ No te ama tu marido? ¿ Qué importa que haya amado á otra antes que á ti? No trates de penetrar lo desconocido, porque muchas veces ser dichosa es ignorar. Si se supiera la verdad sobre todas las cosas, sobre la vida, sobre la familia, sobre los amigos, sobre los extraños; si se tuviera la facultad de leer en el pensamiento de los que nos rodean y nos son más íntimos, ¡ qué decepciones, qué amarguras y qué desesperaciones! El semblante engaña, la palabra miente y la existencia ilusiona; pero es preciso aceptar este engaño, tolerar esta mentira y recuperar las ilusiones. La verdad es un horror, y hay que

aceptar el mundo tal como es, sin pedirle virtudes que no puede tener. Sé moderada, discreta, resignada; he aquí el secreto de la dicha humana. »

Pero Elena no comprendía este frío y prudente consejero, porque su ardor se acomodaba mal á tan juiciosas reflexiones. Estaba impaciente por saber, saberlo todo, y no quería cerrar los ojos, temerosa sin duda de que pudiera pasársele algo inadvertido. Determinada á sufrir y ya mordida por los terribles celos, pasaba indiferente ante las torturas sin preocuparse más que de no vivir engañada, de conocer el secreto de su destino, de estar cierta de su infortunio, en fin, para luego tener el derecho de quejarse con justo conocimiento de causa; era esto todo lo que ansiaba con un frenesí de que no se rendía cuenta y que no podía dominar.

Esa mujer rubia, cuya imagen tenía sin cesar ante sus ojos, ¿mantendría aún relaciones con Santiago? ¿Se habría reunido con ella en París? ¿Qué le diría sobre todo esto? ¿Conocería que su marido había sacrificado un antiguo amor á las ternuras de uno nuevo, y que por la mujer legítima había abandonado la querida? ¡Oh! por salir de cuantas incertidumbres llenaban su corazón

y poseer la prueba irrecusable de que Santiago era únicamente suyo y ver en testimonio correr las lágrimas de su rival, ¡qué sueño tan feroz y tan dulce al mismo tiempo! Á esta conclusión encaminábanse todos sus temores y sus tormentos: á establecer la inocencia del que le infundía sospechas y á ver el término de sus inquietudes.

Ocultando bajo una alegría afectada la sorda preocupación que combatía su espíritu, pasó la noche y la siguiente mañana, sin que Santiago notara nada absolutamente de los proyectos que animaban á su esposa. Después del almuerzo, como de costumbre, se separaron, él para ir á leer los periódicos y escribir algunas cartas mientras llegaba la hora de marchar al Círculo, y ella para vestirse y acudir á la cita.

Luego que hizo unas visitas con el propósito de invertir el tiempo que la separaba de la hora convenida, la señora de Prévinquières á pie — pues consideró imprudente hacer á su cochero partícipe de esta aventura — se encaminó á los Campos Elíseos y una vez allí, tomó un coche y se hizo conducir al muelle de Grenelle: á la altura del puente, descendió, pagó la carrera y emprendió la marcha conforme se le indicaba en la carta.

Del otro lado del Sena, por encima de la isla de los Cisnes, distinguió las alturas de Passy y á su izquierda veíase el viaducto de Point du Jour. Por la orilla opuesta del río pasaban á cada momento tranvías, y por lo tanto, en uno de ellos le sería fácil volver al centro de la ciudad. Un taller de construcción en la esquina de la calle de Entrepreneurs y obreros talladores de piedra cuyas herramientas oíanse distintivamente en su acompañado trabajo; así, pues, no debía temer agresión ninguna. El muelle es verdad que estaba desierto y la calle Linois se veía libre de transeuntes; no obstante, eran las cuatro de la tarde de un claro día, y Elena, á medida que se acercaba el momento de enterarse de aquello que tanto anhelaba, sentía como se redoblaban su curiosidad y su impaciencia.

Su razón, á la que tan poca atención había prestado en las últimas veinticuatro horas, no la abandonó, sin embargo, en ese momento decisivo y trató de disuadirla de su arriesgado proyecto, hablándole una vez más al oído: «¿Qué loca aventura vas á emprender? ¿Y por qué? ¿Qué garantías te ofrecen esos á quienes te abandonas? Dando crédito á una acusación anónima, partes

sin saber realmente á dónde vas. ¡Tú, que no confías en aquellos que sabes que te aman, te entregas á personas que no conoces! No avances en tu temeraria empresa, porque es tiempo aún. El muelle está solitario, dirígete hacia París; el piso está seco, el paseo te será agradable, vuelve la espalda á los calumniadores é infames, entra en tu casa, y en castigo de la falta que has cometido á medias, confíesalo todo á tu marido, quien te reconvenirá suavemente explicándote lo que ignoras y devolviéndote con un beso la tranquilidad y la confianza de que tanto necesitas.»

Tan sabio era el consejo, que á pesar de su insano deseo de informarse personalmente, estuvo casi determinada á seguirlo y regresar á su casa.

Permaneció un instante irresoluta, apoyada en el parapeto del muelle, contemplando como las revueltas aguas iban á desaparecer bajo los arcos del puente. Suspirando se incorporó é iba á alejarse, cuando oyó que alguien se acercaba marchando sobre la acera: volvió la cara y vió una mujer miserablemente vestida, cubierta la cabeza con un grueso tejido de lana, y avanzó á su encuentro. Era fea, de aire tímido y dulce, y su aspecto inspiró confianza á la señora de Prévín-

quiéres. En un segundo desaparecieron sus dudas, su resolución hubo de afirmarse, y dirigiéndose á la mujer le interrogó :

— ¿Soy yo la que usted busca?

— Sí, señora; ¿pero dónde está la carta que debe usted enseñarme?

— Aquí está.

La mujer la tomó, guardóla en su bolsillo y agregó :

— Entonces, señora, si usted quiere acompañarme, estamos á dos pasos; se le espera.

Elena accedió con un signo, y sin más observación siguió á la mujer.

II

Hacía un año que aquella misma que preocupaba tanto á la señora de Prévinquières, se le había revelado á Santiago. En compañía de su amigo Mauricio Dauziat había pasado una temporada en Granville, con propósito de reponerse de un invierno un poco agitado. Al principio habían vivido algo retirados en una casita de campo al pie del castillo de aquel punto; Santiago leía ó fumaba viendo pasar las blancas velas de los barcos que regresaban de la pesca, y Mauricio, trabajando con ardor en su novela anual, empezaba á bosquejar las primeras escenas de una pieza que destinaba al teatro de la Comedia Francesa. Á las cinco se dirigían al puerto y paseaban delante de los buques, aspirando el fuerte olor de la brea y del salitre, regresando á comer á las siete y media y terminando la velada cuando ha-